



**EL ECO
DE
LAS COMETAS**

Juan Soria

El ansia por el dinero fácil, la desestructuración familiar, la corrupción política y la maldad que habita en nuestro interior son los juncos que ha necesitado el autor para construir una trama para que la inspectora Oramas tenga que resolver un caso que no resultará tan fácil como parecía a primera vista. Tras un decepcionante matrimonio en Las Palmas de Gran Canaria, ante la pesadez insoportable de su marido, decide poner tierra por medio y pide destino a Cuenca. El mismo día de la toma de posesión de su cargo recibe la denuncia de la desaparición de una adolescente. A través de las pesquisas de Oramas y su Equipo de Homicidios descubren que el caso tiene más profundidad de lo que aparentaba. La incesante búsqueda de la verdad hace que la inspectora Oramas se gane el respeto de sus compañeros, de sus inmediatos superiores e, incluso, de toda la ciudadanía. Con un estilo claro y sencillo, el autor nos muestra el lado oscuro de la sociedad y del alma humana para ofrecernos una historia de intriga por escenarios conquenses.

EL ECO DE LAS COMETAS

Juan Soria

Advertencia preliminar

Parece obvio, pero es necesario aclarar que estamos en el ámbito de la ficción. Lo que tiene en sus manos el lector es una novela y como tal, hay que advertir que todos los personajes, salvo dos, son ficticios. Ficticio es también todo lo que se relata en la novela, siendo fruto de la imaginación del autor. Lo que no pertenecen a la ficción son los lugares que aparecen en la novela. Son lugares reales. Esta novela se desarrolla fundamentalmente en la ciudad de Cuenca, una ciudad sumamente tranquila donde nació y vivió una buena parte de su vida el novelista.

1

Las chicas soltaban el hilo a las cometas sin cesar. Tres cometas que disputaban su posición en el cielo. Con la mano, de vez en cuando, saludaban a un señor sentado en una butaca a unos ochenta metros:

–Papá. Estas sí que funcionan bien. Lo hemos conseguido.

Miró hacia el cielo y contempló hechizado durante varios segundos el baile de las cometas que con el reverbero del sol tomaban un aspecto más sugestivo. Bajó el sombrero a la altura de las cejas, se arrellanó en la butaca y cerró los ojos. Se dejó llevar por la soledad de aquel lugar y por el ulular de la brisa azotando las hojas de los pinos. La primavera llegaba a su fin y en esa época del año la naturaleza se muestra en su máximo esplendor en esa ciudad.

Una pequeña ráfaga de viento fue suficiente para arrancar el sombrero de su cabeza. Una de las tres chicas descuidó el vuelo de su cometa, entregó el hilo a una de sus compañeras y salió corriendo tras el sombrero. Se tuvo que dar una buena carrera para alcanzarlo. Un par de metros antes del precipicio le echó el guante. «Lo he cogido por los pelos», se dijo a sí misma. Jadeando, esperó a su padre y se lo entregó. Giró la cabeza y se dio cuenta que detrás de la butaca había dos jóvenes altos y muy corpulentos. A su padre le cambió el semblante cuando los vio. Pareció dudar, pero debió pensar que no tenía otra alternativa que regresar a la poltrona.

La chica, sin moverse del lugar donde atrapó el sombrero, se quedó mirando el andar dubitativo de su padre. No le quitó la vista de encima hasta que llegó. Los dos chicos lo esperaban con los brazos cruzados. Al llegar a su altura, uno de ellos señaló con la mano la butaca y el padre de la chica se dejó caer en ella. Hablaron con él. Miraron las cometas. Miraron a las chicas también. Uno de los dos chicos se agachó hasta quedar a la altura de la butaca y dijo algo. El padre de la chica afirmó con la cabeza.

Los dos jóvenes desaparecieron. Poco después se escuchó el ruido de un coche.

2

La señora se sobresaltó con el estruendo de un trueno. Hasta ese momento, aunque con unas cuantas nubes, la mañana se había mostrado tranquila. Súbitamente, un impetuoso viento se encajonó en el callejón por donde paseaba. Le trajo a la memoria los impenitentes alisios de su destino anterior condenándola a salir a la calle con un pañuelo en la cabeza. Con el temor de que se pudiera desprender alguna cornisa miró hacia arriba, bajó cuatro tramos de escaleras y llegó a una calle más ancha. Paró la marcha y miró al cielo. El azul de las primeras horas de la mañana se había tornado ceniza.

—Esto parece que se pone feo. Como no apriete el paso puede que tenga que volver a la peluquería —masculló.

Hasta ese momento la mañana había estado tranquila. Salió temprano de casa con el perro y dio un paseo por la parte alta de la ciudad. La bóveda celeste estaba totalmente limpia de nubes a esas horas de la mañana, lo que preludiaba un día seco. Las calles estaban vacías, sin ruidos. Ese silencio catedralicio era una sensación muy especial para quien estaba acostumbrada al estruendo de una gran ciudad. La calma era tan densa que le trajo a la memoria aquella primera vez que visitó la ciudad en unas vacaciones de Semana Santa. Entendió que dicha representación mental tan lejana no se correspondía con la ciudad que se abría ante sus ojos.

Bajó la zona de transición hasta la parte baja de la ciudad en un santiamén y se paró junto al río Huécar. Lo es-

coltan dos altos muros de piedra, uno de los cuales –el más alto– está parcialmente tapado de hiedra. Le llamó la atención la transparencia de sus aguas y las ramas de los sauces acariciando el suelo. Se apostó en el muro, hurgó en el bolso y sacó el teléfono. Marcó. Habló con su madre. Le advirtió que si empezaba a llover debía cerrar bien las ventanas y que dejase entrar al perro en casa si persistía la tormenta. Lo que desconocía es que a principio de verano era frecuente que las tormentas se resolvieran únicamente con ruido y viento.

Dudaba qué camino seguir a cada esquina que llegaba. La primera la resolvió girando a la derecha. Tomó una calle extremadamente estrecha y llena de desconchones que olía a excremento de gato. Tras andar unos cincuenta metros desembocó en un inmenso espacio con un parque en el centro. Unos segundos de indecisión, giró a la izquierda y recorrió la verja del parque por fuera.

Aproximadamente habría recorrido la mitad del perímetro cuando giró de nuevo hacia la izquierda. Miró hacia el cielo una vez más.

–¿Dónde se han metido las nubes?

Poco más adelante, aproximadamente anduvo unos doscientos metros, se topó con una masa de gente que ocupaba la acera.

–Ya entiendo el motivo por el que las calles estaban vacías. Se ha congregado toda la gente aquí –farfulló entre dientes.

Apenas había otro peatón en la acera, pero consiguió apostarse en un lugar a la sombra de un árbol con una buena fronda. Se sintió protegida. Desde la izquierda llegó una comitiva de coches encabezados por uno fúnebre que portaba un féretro. Por la categoría de dicho automóvil y la vistosidad del féretro debía de ser un entierro de primera. Paró y se hizo un silencio reverencial. De la puerta de la iglesia salieron al encuentro un sacerdote cubierto con casulla y estola y dos niños con atuendos de monagui-

llo agitando sendos incensarios. El cura sacudió el hisopo y bendijo al finado. Los monaguillos agitaron los incensarios alrededor del féretro dejando un agradable aroma a incienso en la plaza.

—Pura apariencia, simple formalidad. ¿Qué motivo puede encontrar alguien para gastar el dinero de los vivos en los difuntos? Los muertos no sienten ni echan nada de menos —pensó—. Claro que el difunto podría tener latifundios, inmuebles o algún palacete; en ese caso...

El féretro fue cargado a hombros de seis mocetones y se dirigió hacia el interior del templo seguido por parte de la gente que se acumulaba en la puerta. Poco a poco, el público que no entró en la iglesia fue desapareciendo por las esquinas hasta que la calle recuperó la normalidad. La señora siguió su camino y preguntó a un viandante por la comisaría de policía. Miró el reloj y aligeró los pies.

A mitad de la calle Astrana Marín se encuentra la comisaría de policía. La señora se detuvo antes de entrar. Se quitó las gafas y enjugó el sudor de su frente con el reverso de su mano derecha. Empañó los cristales de las gafas con su propio aliento y los secó con un paño que sacó de un estuche. Tras mirar al trasluz a través de ellos se colocó de nuevo las gafas. Empujó la puerta y entró en el edificio.

Incomprensiblemente no había ningún policía en la entrada. Tenía toda la planta baja a su disposición. El silencio atemorizaba. Avanzó. Miró a un lado y a otro buscando presencia humana. Subió un tramo de tres escalones y se dirigió al mostrador de información. No había nadie. Miró el reloj que había en la pared de enfrente, sobre una repisa —un reloj esférico, blanco, de unos cincuenta centímetros de diámetro— y las agujas marcaban las doce y cuarenta y ocho minutos. Miró su reloj y verificó que la hora era correcta, lo cual significaba que el edificio estaba habi-

tado. «¡Caramba, qué raro. Da la impresión de que fuera un edificio abandonado!» –se dijo a sí misma–.

Anduvo de un lado a otro husmeando. Se fijó en un cuadro de llaves que había en la parte izquierda del mostrador. Habían seis que eran de algún automóvil, seguramente de los coches patrulla. Al lado de las llaves se detuvieron sus ojos en un almanaque de pared al que no le quedaba ninguna hoja por ser del año anterior. Mostraba la fotografía de una chica morena muy alta y muy guapa. Era una de esas fotografías que, gracias a la tecnología estereoscópica, se mostraba vestida o desnuda según se mirara. En la parte derecha había un cuaderno muy grueso de tapa dura. En dicha tapa, con letras azules y caligrafía tan limpia como el copón de una sacristía, se leía la palabra «Memorándum». Junto al cuaderno, un bote cilíndrico lleno de bolígrafos y una grapadora. Le llamó la atención uno de los bolígrafos. Era un Parker plateado con adornos en oro. Lo tomó en sus manos y se dio cuenta de que tenía dibujos en relieve en la parte superior. Le llamó mucho la atención que hubiera un bolígrafo como ese en un lugar como aquel.

Suponiendo que no tardaría en llegar algún funcionario, se sentó en una silla metálica que había en la pared de enfrente. Se relajó. Se desabrocho un botón de la blusa, la agitó y dejó que el frescor atemperase el calor de su cuerpo. Miró a un lado y a otro de nuevo. Detuvo su mirada en las fotografías antiguas de la ciudad que decoraban las paredes. Miró con buenos ojos el orden y la limpieza que imperaba en la entrada. Apreció los efluvios esparcidos en la estancia. Todo ello le hizo concluir que habría una mano generosa entregada al servicio de los demás.

Se preguntó una vez más el motivo por el que había ido a parar a un sitio como ese y no a otro cualquiera. Era un asunto recurrente –me refiero al del destino–, que se solía plantear a sí misma cuando no tenía seguridad de haber tomado una decisión correcta. Sin llegar al espanto,

en el fondo, lo que realmente sentía era miedo al fracaso, miedo a que su vida se fuese a la mierda. Se sentía triste, se sentía sola, se sentía desamparada, tan solo era añoranza de la tierra y del tiempo que había dejado a sus espaldas. Eran temores tan absurdos como agotadores. Anduvo encerrada en pensamientos de este jaez hasta que decidió tomar las escaleras que conducían al primer piso y desde la que procedía una voz lejana. Era una escalera cilíndrica de ladrillo de cristal que daba al exterior permitiendo la entrada de luz. En el descansillo del primer piso la voz parecía haberse acercado. Aun así, la sensación era de haber entrado en un lugar insólito. Dudó si estaba haciendo lo correcto, pero se coló por un largo pasillo.

—Desolador. No entiendo lo que está pasando.

Anduvo a lo largo de un espacioso pasillo. Inspeccionó todas las puertas. Al final se encontró una entreabierta con un rótulo informando que era el despacho del inspector jefe don Julián Carrillo Pérez. Sí, estaba en el lugar correcto, no había duda. Su exquisita educación le hubiera impedido entrar si se la hubiese encontrado cerrada, pero empujó disimuladamente con el zapato y quedó abierta de par en par mostrando un despacho amplio, alegre y muy luminoso. No se cortó. Entró. Se encontró en medio de un amplio espacio rectangular cuya pared del fondo era una enorme cristalera de pared a pared. No reparó en la mesa ovalada que había a su derecha. Ni en la de despacho que había junto a la ventana. Tampoco en el mueble archivador que ocupaba gran parte de una de las dos paredes más largas. Sus pies le condujeron directamente a la ventana. Subió la persiana. Desde allí recompuso en su mente la decoración de la sala cambiando de sitio los elementos que formaban el mobiliario. Se giró y miró el paisaje a través de la ventana. Una enorme variedad de verdes se elevaba sobre los edificios que había a unos cien metros de distancia pugnando con los grises de las

nubes. Eran las copas de los enormes árboles del parque de los Moralejos, junto al río Júcar.

–¿Quién es usted?, ¿qué desea?

La señora se sobresaltó. Su cuerpo experimentó una violenta sacudida. No en vano se sintió amenazada no solo ante el tono de voz, sino por la intensidad de una mirada desconcertante. La voz seca e inquisidora provenía de una chica joven que iba elegantemente vestida de paisano. Alta. Delgada. Bien formada. Su forma de vestir – una camisa blanca ajustada sin mangas y un pantalón vaquero bien ceñido al cuerpo– mostraba un cuerpo atlético con buen tono muscular.

–¡Perdón! No me he dado cuenta de su presencia. Verá... El caso es que como no he visto a nadie en el piso de abajo...

Respondió con tono apacible dando la impresión que untaba las palabras con mermelada.

–Pues si hubiese tenido la paciencia suficiente, seguro que ya estaría atendida –resolvió la chica con contundencia.

–Verá...

–¿Cómo se llama?

La brusquedad de la joven contrastaba con la suavidad de la señora.

–Soy María del Mar Ayuso –respondió con tono dulce.

Al oír el nombre, le cambió el semblante y respondió con voz meliflua:

–¡María del Mar Ayuso Oramas!, la inspectora jefa. Pero si no la esperábamos hasta mañana.

Sus miradas se suavizaron. La tirantez de sus rostros se distendió automáticamente. María del Mar no pronunció ni una palabra. Se limitó a mover la cabeza de arriba abajo y sonrió.

–Yo me llamo Mari Luz. Mari Luz Crespo de la Fuente.

Dio unos pasos en dirección hacia María del Mar. Se inclinó cuando estuvo a su altura y juntaron sus mejillas.

La voz lejana cesó y al instante se oyó un caluroso aplauso acompañado de bravos y vítores que acabaron en una áspera tonada cuya letrilla empezaba: «Porque es un muchacho excelente...».

–Ahora entiendo el motivo por el que...

–Sí, hoy es un día muy especial. Todo el mundo ha querido sumarse a la fiesta.

Mari Luz recogió un paquete que había debajo de una de las mesas e invitó a María del Mar para unirse al festejo.

–¿Crees que será una buena idea? Me refiero a que...

Mari Luz sonrió y dijo:

–Por supuesto. ¿No pensarás...?

–No, si pensar no pienso nada, lo que digo es que...

–Pues no digas nada tampoco. Te vienes conmigo y no se hable más –dijo tomándose a risa.

María del Mar le devolvió la sonrisa.

–Necesito detalles.

–Detalles. Detalles. Vamos a ir a una sala donde hay vino, cerveza y comida. Allí están todos los que van a ser tus compañeros festejando la jubilación de tu antecesor en el cargo. Están todos deseando conocerte, de darte la bienvenida. No puedes marcharte así, sin más.

Un movimiento de cabeza acompañado de un gesto aprobatorio en su rostro dio el consentimiento para unirse a la fiesta. No cabe duda que los argumentos de Mari Luz habían resultado ampliamente convincentes. De camino, Oramas preguntó:

–¿Se encuentra el comisario en la sala?

–Es el único que falta. Ha marchado a un funeral. No sé si se ha enterado. Ayer murió el diputado Ángel Bascuñana Gascueña; se ha suicidado –dijo acercándose a María del Mar bajando la voz.

–La verdad es que la casa me ha tenido tan ocupada... Llegué ayer de Canarias y, la verdad, no he escuchado las

noticias ni he leído la prensa. Pero, ahora que recuerdo, viniendo para acá me he cruzado con un entierro. Había tanta gente que me ha impedido seguir el paseo.

A Mari Luz le cambió el semblante. Su rostro se contrajo sin poder disimularlo. La gravedad de su cara imponía respeto. Recogió la coleta con una goma en un ágil movimiento de muñeca y sentenció con acrimonia:

—No será por los méritos que ha hecho para merecer el homenaje.

A María del Mar le causó sorpresa y, más por tomarle el pulso a la ciudad que por curiosidad, preguntó:

—¿Te refieres a algo que deba saber como inspectora de policía?

No contestó. Se limitó a mover la mano en un claro gesto de dejar el asunto por el momento en vía muerta. María del Mar sacó de nuevo el teléfono del bolso y llamó a su madre para advertirle de que iba a llegar tarde, indicándole que no la esperara para comer.

En ese momento sus miedos se disiparon.

Resignada, marchó acompañada de Mari Luz para unirse con los que a la postre serían sus nuevos compañeros de trabajo. Se sintió insegura, con la misma fragilidad que la de un cervatillo en medio de una familia de hienas. Pero no reuló. Ni siquiera retiró ni un segundo de sus labios esa deliciosa sonrisa con la que solía granjearse el afecto de la gente. Ante las presentaciones, los saludos, los besos, y las muestras de afecto se mostró imperturbable.

Mari Luz fue la encargada de entregar el regalo de despedida al homenajeado. Se trataba de un equipo de pesca compuesto por traje, gorro, caña y nasa. Con mirada vidriosa y con la voz ligeramente afectada, tomó de nuevo la palabra para agradecer el regalo. No fue un esplendoroso discurso, ni mucho menos, pero tuvo la deferencia de dirigir unas palabras a su sustituta, a la que invi-

tó a acercarse al micrófono para darle la bienvenida y ofrecerle la oportunidad de dirigirse a sus compañeros.

María del Mar, a la que la vida había enseñado a dominar las emociones y a mostrarse impertérrita en público, se acercó a su antecesor en el cargo, juntaron sus manos, se besaron y miró de soslayo a Mari Luz como si la quisiera crucificar con la vista. Se quitó las gafas para limpiarlas, más por ganar tiempo para preparar el discurso que porque le impidiera la visión; y, ante un silencio amenazador, dijo:

—Nunca me ha gustado dirigirme a un público tan amplio como este. La inseguridad con la que me manejo por la vida no me ayuda. A pesar de ello, dos cosas quiero decir. La primera es que me agrada mucho el ambiente que hay en la comisaría. Acabo de llegar y ya me siento muy bien acogida. La segunda, que me encanta esta ciudad. Es muy distinta a Las Palmas de Gran Canaria, que es el lugar donde nací, me crié y del que procedo. Pero, que sepáis que valoro mucho vuestra tranquilidad, vuestro paisaje y las gentes de esta ciudad.

Cortó el discurso de forma inusual, con cierta brusquedad. Tras un silencio que a la oradora se le hizo eterno, en el auditorio se empezaron a oír leves palmadas hasta que explotó en un cálido aplauso y continuó la bulla. Una vez que abandonó el micrófono, María del Mar se relajó y se disolvió entre el grupo con el mismo regocijo que se puede levantar cualquiera del sillón de un odontólogo.

Se encontró tan a gusto en la reunión que fue la última en marcharse junto a Mari Luz, a la que ayudó a recoger. Dando por perdida la siesta, marcharon a las cuatro y doce minutos de la tarde a tomar un café en una de las terrazas de la calle principal.

Se sentaron en la plaza de la Hispanidad, un espacio peatonal junto a la iglesia de San Esteban, justo en el mis-